

Musas por derecho propio

Quisiera empezar por una pequeña provocación: no hagan caso del título, es bonito y pegadizo, pero este libro quiere ser algo menos y algo más de lo que éste anuncia. Algo menos porque sería inabarcable hablar de todas las musas, mecenas y amantes a lo largo de la historia. De ahí el subtítulo, que las limita a las que tuvieron un papel relevante en el movimiento surrealista, de las que no están todas, sino solo seis.

Y algo más porque las seis mujeres escogidas superaron con creces su papel de musas, mecenas o amantes. El concepto de musa, además, ha sido puesto en cuestión por las feministas debido a la pasividad que se les suponía. Las musas, en su definición canónica, son las figuras femeninas que inspiran a artistas, escritores y creadores en general y tienen su origen en la mitología griega, como seres intermediarios entre los artistas y los dioses. Eran Calíope, musa de la belleza y de la poesía; Clío, de la historia; Erato, de la poesía amorosa; Euterpe, de la música; Melpómene, de la tragedia; Polimnia, de los cantos sagrados; Talía, de la comedia; Terpsícore, de la danza; Urania, de la astronomía y de las ciencias exactas. La musa llegaba a ser sinónimo de inspiración y podía llegar a ser invocada al principio o a lo largo de un poema: “Canta, oh Musa, la cólera del pálido Aquiles, hijo del rey Peleo y de la nereida Tetis”, escribió Homero en *La Ilíada*, y también “Decidme ahora, Musas, dueñas de olímpicas moradas, pues vosotras sois diosas, estáis presentes y lo sabéis todo (...)”.

A lo largo de los siglos hubo musas “reales” muy célebres, como Beatriz para Dante, Laura para Petrarca, Jeanne Duval para Baudelaire. Se creía que estas musas vehiculaban, por así decirlo, el soplo creador al artista a través de su belleza o su personalidad. Eran su inspiración. Ello se correspondía a unos siglos en que el papel de la mujer en las artes era muy reducido, en que los hombres detentaban el poder creador, haciendo del otro sexo uno de sus grandes temas. De hecho, no hay un equivalente masculino para la palabra “musa”, no sólo porque el vocablo fue acuñado por los hombres sino seguramente porque, imaginando un poco, las mujeres creadoras ya tenían suficiente tarea con poder expresarse y con asumir su rol activo. Cabría decir, respecto a la idealización de la figura masculina, que el equivalente a la de la musa sería la del héroe, pero a un héroe no se le invoca como a una musa.

Ya en el siglo XVIII el papel de la musa empieza a transformarse, animando los famosos salones literarios y artísticos, y a lo largo del siglo XIX, cuando la mujer se hace más presente en las letras y las artes, llega en ocasiones a adquirir el doble rol de musa y creadora, como en el caso de George Sand o Camille Claudel. Y con la llegada del XX, como afirma Whitney Chadwick exagerando un poco, “las mujeres se hicieron aviadoras o mecenas”. No eran muchas, pero salían en los periódicos como heroínas o como protagonistas de noticias y sucesos. Pero sobre todo, a partir de los años veinte, dejaron de ser figuras pasivas y distantes, o al revés, magas o perversas, como lo fueron las del Romanticismo y el Simbolismo. A partir de ese momento pasaron a ser activas, tanto como lo fueron las seis mujeres que forman este conjunto, mujeres que cantan, dibujan, producen, coleccionan o escriben, todas ellas con una desbordante energía.

¿Por qué ellas y no otras? Para contestar a esta pregunta he de remontarme a otro libro anterior, a mi biografía de Dora Maar. Al investigar sobre aquella gran fotógrafa y amante de Picasso, surgían con frecuencia amistades femeninas en cuyas vidas quise indagar. Todas ellas me parecieron fascinantes y tuve, además, la gran suerte de conocer a Myrtille Hugnet, viuda del poeta Georges Hugnet. Myrtille no sólo me ofreció su amistad sino que me contó muchísimas anécdotas de este círculo de mujeres a quien ella había conocido muy bien. Me habló, por ejemplo, de como los salones parisinos de Marie-Laure de Noailles y de Valentine Hugo rivalizaban en los años cincuenta. Resultaba que Marie-Laure de Noailles no sólo era una riquísima heredera, sino que había contribuido enormemente a mejorar el estado de cuentas de Salvador Dalí. Por su parte Valentine Hugo no sólo era la esposa de Jean Hugo, sino la íntima amiga de Cocteau, estaba locamente enamorada de André Breton y era la autora de excelentes ilustraciones y escenografías.

Al ahondar en los años treinta y conocer más a fondo el surrealismo, surgían constantemente no sólo musas, sino amigas, amantes, cómplices y mecenas. Ellas eran las que tan a menudo aparecían en los pies de foto de las reuniones en los cafés, los viajes, las fiestas y los famosos bailes del Conde Étienne de Beaumont. Muy fugazmente asomaban Simone Collinet, Gala Dalí, Nusch Éluard, Valentine Hugo, Nancy Cunard, Elisa Breton, Nora Mitrani, Joyce Mansour, por nombrar a algunas, en general como rostros o figuras que “acompañaban” a los protagonistas masculinos. Hoy en día muchas de estas mujeres son famosas por ellas mismas, aunque para el público español nombres como Valentine Hugo, Marie-Laure de Noailles o Joyce Mansour son aún muy poco conocidos. Siempre ha sido uno de mis propósitos como escritora difundir la obra de autores y autoras prácticamente ignorados en España. En el caso del surrealismo, más allá de algunas publicaciones generales sobre el movimiento artístico y literario, la bibliografía traducida al español sobre temas o personajes específicos resulta aún muy escasa.

El lector puede preguntarse el motivo de que no se hayan incluido musas tan conocidas como Gala Dalí o Nusch Éluard, y este es que en mi selección he optado por mujeres cuya aportación fuera activa, no sólo inspiradora y cuyas vidas fueran apasionantes, no derivadas tan sólo de las apasionantes vidas de sus compañeros. Puede haber quien considere que mis biografiadas son excesivamente snobs o excéntricas. Salvo Kiki de Montparnasse, cuyo origen era misérrimo, el resto fueron mujeres de origen burgués o aristocrático. Nancy Cunard, Marie-Laure de Noailles y Peggy Guggenheim eran inmensamente ricas aunque la primera fue desheredada, a la segunda le administraban la fortuna y la tercera se sentía a veces como la “pariente pobre” de sus primos Guggenheim. Sea como sea lo que todas ellas tienen en común es su carácter dinámico, estimulante, enérgico y laborioso, además de haber tenido la valentía de romper con unas normas establecidas a las que estaban destinadas por origen o educación. Sin olvidar que algunas, como Valentine Hugo o Joyce Mansour, tal vez no ayudaron a los artistas con enormes sumas de dinero pero sí con su empatía, sus consejos, sus residencias y sus propios salones, que se convertían en espléndidos escenarios de lecturas de manuscritos inéditos, pequeños conciertos, discusiones de gran calado y acciones artísticas.

Al leer el borrador de este libro, un amigo me comentó que ya no existen hoy en día mujeres como las descritas en estas páginas. Y en parte es cierto. Todos

sabemos que actrices como Angelina Jolie, Shakira o Nicole Kidman colaboran con ONGs y fundaciones benéficas con cuantiosas sumas de dinero. No obstante, dichas acciones están más cerca del concepto de filantropía y caridad tradicional que el del compromiso apasionado de las protagonistas de este libro, que hicieron del arte el centro de su vida, sin pensar demasiado si tenían periodistas delante o no.

Finalmente, añadiré que para evitar hacer farragosa la lectura, apenas hay notas en mi texto, salvo para dar constancia de las personas entrevistadas o para alguna descripción muy específica. Una bibliografía sumaria da la medida de mis fuentes, en donde también he suprimido las obras generales sobre surrealismo. Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento a varias personas que me brindaron su precioso tiempo en la redacción de este libro. En primer lugar a Myrtille Hugnet, tristemente desaparecida, por las largas charlas delante de una taza de té o una copa de oporto en su casa de la rue de la Gaîté, hablándome de las excentricidades de Marie-Laure de Noailles o las costumbres de Valentine Hugo. También John Richardson, biógrafo de Picasso, me confesó su simpatía por Marie-Laure y me la endulzó con sabrosas anécdotas. A Marie Hugo, hija de Jean Hugo y excelente artista ella misma, agradezco el relato de sus vivencias con Valentine, la primera esposa de su padre. A Micheline Phankim-Koupernik y a Margarita Camacho, sus recuerdos de Joyce Mansour. A Karol Vail, sus sinceras e interesantes líneas sobre su abuela Peggy Guggenheim. A Milton Gendel, crítico de arte y excelente fotógrafo, que me recibió en su soberbio palacio Primoli de la via dei Soldati, sus recuerdos de Nancy Cunard, que aún eran vivísimos.

Me gusta pensar que casi todas mis biografías se encontraron en París en los mismos cafés, en las mismas veladas artísticas. A excepción de Joyce Mansour, la más joven de ellas, todas podrían haberse encontrado brindando en Le Boeuf Sur le Toit o en los *bistrot*s de Montparnasse a altas horas de la madrugada. Aquí están sus vidas, excepcionales, comprometidas, libres, a pesar de los múltiples obstáculos con los que se toparon. Cada una de ellas con personalidades bien distintas, extraordinarias e irrepetibles.

VICTORIA COMBALÍA
Barcelona, marzo de 2016